



www.loqueleo.com/es

© 1994, María Isabel Molina

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-052-7

Depósito legal: M-37.908-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: julio de 2019

Más de 27 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

De Victoria para Alejandro

María Isabel Molina

Ilustración de cubierta de Leonor Pérez

loqueleq

Introducción

Es el año 65. El Imperio romano está regido por Nerón. Un emperador que despertó multitud de ilusiones en el pueblo: joven, culto —educado por Séneca—, amigo de la música y de la poesía. Él mismo era capaz de componer versos, bien es verdad que no demasiado buenos. Pero, poco a poco, la crueldad, el sadismo y la violencia se han apoderado del emperador. Sus crímenes asustan. El año anterior ha ardido Roma y el emperador ha desviado hacia los cristianos las sospechas del pueblo, que le acusa del incendio. La persecución ha sido tan salvaje que ha escandalizado al pueblo y a los senadores. Han muerto de las formas más crueles posibles ancianos y adolescentes, matronas, doncellas y hombres. En este año 65 —11 de su reinado— Nerón cree haber descubierto una conspiración contra él entre sus íntimos y aprovecha la ocasión para mandar matar a todos los miembros vivos de la

familia imperial y para obligar a suicidarse a varios de sus amigos y consejeros, como Séneca, el filósofo; Petronio, el escritor; el poeta Lucano... Las delaciones abundan y nadie está muy seguro en Roma. Al final, tres años después, las legiones se sublevarán y Nerón se suicidará.

8 *Roma es la señora del mundo conocido. El César lo gobierna a través de sus gobernadores o por reyes aliados que deben su corona a la voluntad del emperador. Está comunicado por casi 80.000 kilómetros de carreteras, las famosas calzadas; el comercio prospera; además de su lengua, todo el imperio conoce el griego vulgar, llamado «koiné». Roma, la capital, tiene casi un millón de habitantes, hay centenares de baños públicos, numerosos templos, teatros, escuelas...*

De Victoria para Alejandro es el relato de un viaje. El de Victoria Cornelia, hija de un senador romano y de una mujer judía, a Palestina, el país de su madre. No es solo un cambio de paisaje y de clima. También es un viaje de una cultura a otra, de una forma de concebir la vida a otra totalmente distinta. Victoria va a tener que aprender una nueva forma de vestirse, de comportarse, hasta de mirar. La han educado según las costumbres de Roma, y ni siquiera físicamente se parece a su madre.

Victoria es cristiana y es romana. Y está enamorada. Ha dejado atrás la persecución de los cristianos y va a tropezar con las normas del judaísmo más estricto. Tanto en el ámbito de la religión judía como en la helenizada sociedad romana, el cristianismo representó un viento de alegría, de fraternidad, de libertad, que hoy no podemos valorar. Ya nos hemos habituado y no somos capaces de sorprendernos hasta el escándalo ante la audacia de llamar a Dios «Padre». Y estamos acostumbrados a escuchar sin sentirnos aludidos o comprometidos que «en Cristo ya no son distintos judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer».

9

Victoria y su familia son personajes imaginarios. Son reales el ambiente, las circunstancias, la anciana Marta de Betania, el obispo de Jerusalén, el gobernador romano... Son reales —hasta donde nos informa la arqueología y los estudios de la vida en los tiempos antiguos— las casas, los paisajes, las costumbres; es real, tal como nos ha llegado en los documentos encontrados en las cuevas del Mar Muerto, el monasterio de Qumrán. El resto es el relato del viaje de Victoria.

El mar estaba en calma y la nave, con todas las velas hinchadas, se deslizaba como un pájaro sobre la superficie del mar. Los remeros habían recogido los remos y descansaban en sus bancos.

11

En la popa, sentada sobre unos almohadones, Victoria escribía en un papiro. Era una adolescente de pelo color miel, figura espigada y ojos claros, verdosos. Iba vestida con una túnica blanca de buen tejido, pero de corte muy sencillo, y con un manto de lana fina color verde. Vestida de otra forma más llamativa, tal vez hubiese parecido hermosa. Así, resultaba insignificante.

Un hombre salió del interior del barco y recorrió con la vista la cubierta. Al ver la figura femenina en la popa, sus ojos se empequeñecieron. Recorrió en largas zancadas la cubierta, pero el ruido de sus pasos no logró romper la concentración de la muchacha.

Se paró detrás de ella y su voz fue baja y tajante:

—¿Qué haces escribiendo aquí, delante de todos?

La muchacha levantó la cabeza, sobresaltada, con una expresión asustada en los ojos color uva.

—Ya es bastante malo que sepas escribir para que encima lo hagas en público y ante todos los marineros.

12 Balbuceó:

—Tío José...

—¡A tu camarote, enseguida!

Con la cara roja como una cereza, y sin levantar la vista, la muchacha recogió el papiro y los útiles de escribir y bajó la escalera hacia su cámara. Tras ella, el hombre cerró la puerta de la pequeña habitación y se enfrentó a ella enojado.

—¡No tienes vergüenza!

—¿Por qué me riñes? No es malo saber escribir.

El hombre respondió con severidad:

—Está escrito: «No des salida al agua, ni a la mujer libertad de hablar».

—¡Tío José!

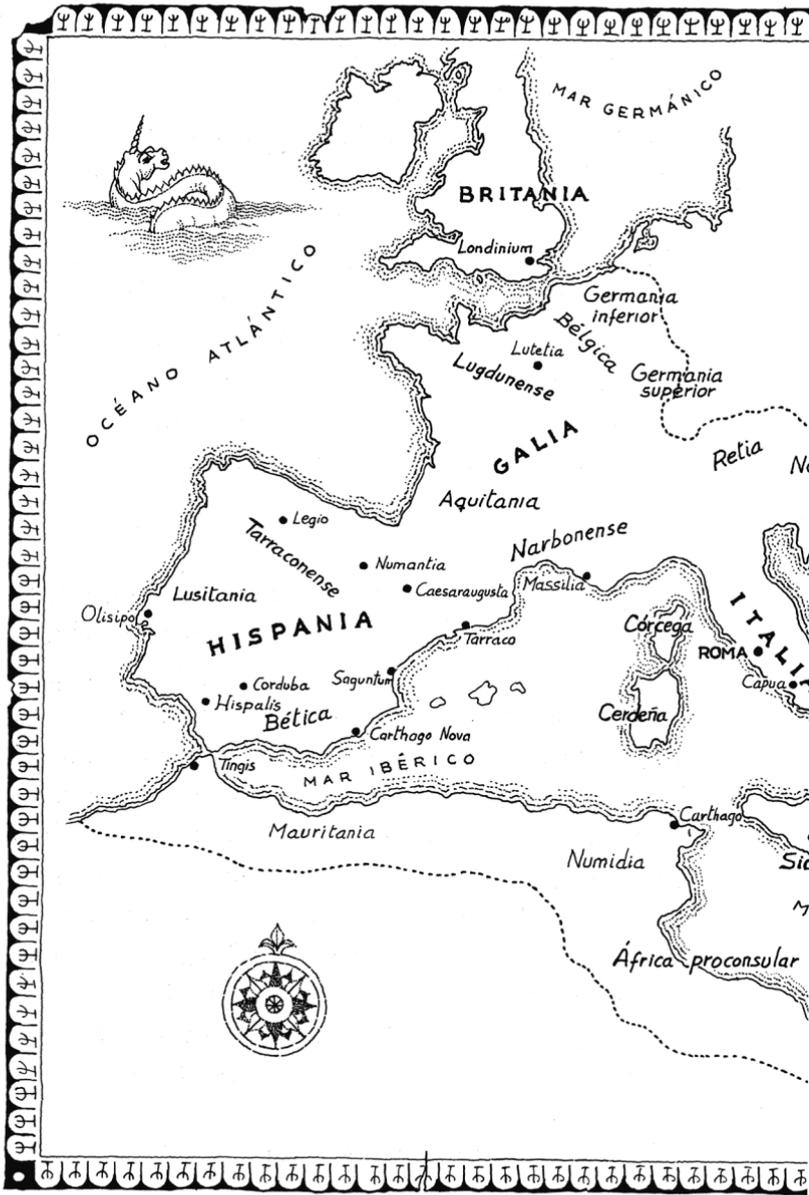
—Te han mimado demasiado, niña. Te han consentido todos. Tu padre, mi pobre hermana, mi padre, tu madrastra... Hasta tu nombre

es presuntuoso. ¡Victoria! Tu padre no sabe que está escrito: «Si tienes hijas, no pongas ante ellas cara muy risueña». Y tu padre no ha tenido más alegría ni más complacencia que verte sonreír. Te han halagado tu padre, tus tías romanas, tu abuelo y el mundo entero. Y lo que han conseguido es criar una descarada, sin respeto y sin temor, que no conoce su sitio ni la verdadera tarea de una mujer. Pero este viaje lo haces bajo mi tutela y no voy a consentir que te comportes como no debes. Vas a aprender modales y respeto, niña. ¡Se acabó el exhibirte en cubierta, delante de los marineros!

Salió con violencia, evidentemente irritado, y Victoria quedó en el centro de la habitación, sofocada, sin reaccionar. No entendía, o tal vez entendía demasiado la ira de su tío.

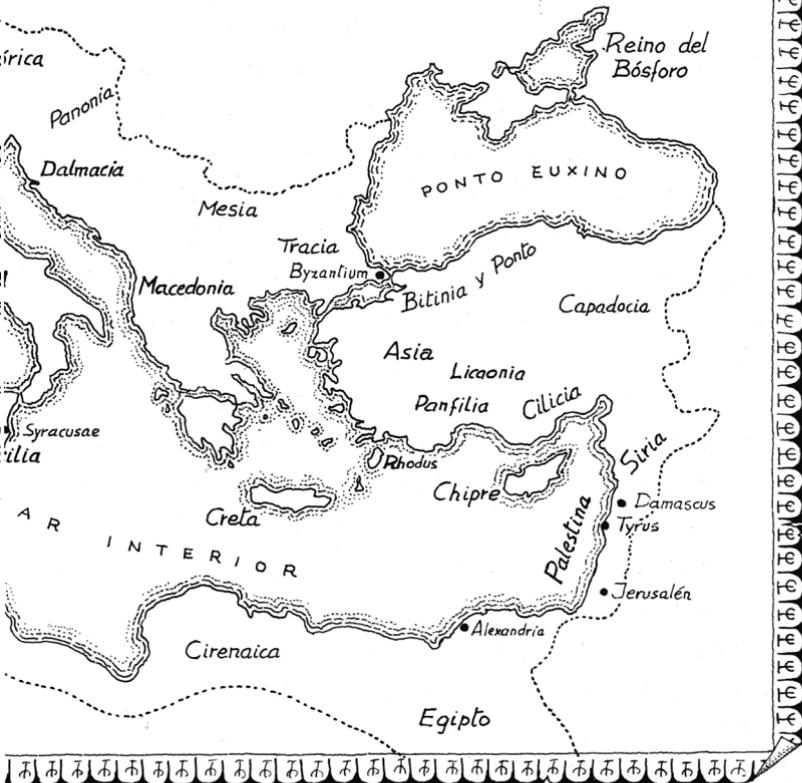
Habían salido una semana antes de Roma. Iban a Jerusalén, a recoger la herencia de su abuelo Ismail, muerto en Roma y que le había legado ciento cincuenta talentos de oro^{*1}, más de tres millones y

¹ Las palabras con asterisco figuran por orden alfabético al final del libro.



IMPERIO ROMANO

A MEDIADOS DEL SIGLO I



medio de sextercios* en moneda romana. Las posesiones del abuelo estaban en Jerusalén, y como su padre, caballero y senador, no podía abandonar Roma por la situación política, tras escribir poderes y dar órdenes a sus administradores en Roma y Jerusalén, la había confiado al hermano de su madre, a su tío José, que había ido a Roma a presidir los funerales de su abuelo. José era un hombre respetado entre los de su raza, de severa virtud y vida austera, que formaba parte de los grupos de los esenios*. Incluso su padre, ciudadano romano, y que, en ocasiones, hablaba de los judíos con la fría superioridad de un patricio, le respetaba.

Se sentó en la cama y escondió la cabeza entre las manos. No tenía muchos deseos de terminar su escrito. ¿De verdad la habían mimado? No recordaba rostros severos ni castigos. Había sido una niña tranquila que aceptaba las órdenes de su padre y de los preceptores sin discutir las. Su madre había muerto cuando ella tenía cuatro años y esperaba otro hijo que no pudo nacer, y su padre había vuelto a tomar esposa entre las damas romanas de buena familia. Antonia había sido bondadosa con ella, cuidó de su educación y no hacía

diferencia de trato entre Victoria y sus propios hijos. No había tenido hijas y era una buena amiga de su hijastra.

—Te llamé Victoria porque tú eras la prueba del triunfo de nuestro amor —le decía su padre mientras le acariciaba el cabello.

Mientras, el abuelo Ismail, que era un escriba* respetado entre su pueblo, le había enseñado a escribir al estilo de los escribas profesionales, en hebreo, arameo, griego y latín*. Había sido un secreto entre los dos, sin que ni su madrastra ni las hermanas de su padre conociesen lo que no formaba parte de una cuidada educación femenina y que era mucho más que lo que su maestro de Retórica le enseñaba.

El abuelo Ismail era cristiano y había abandonado sus tierras y su puesto en Jerusalén para seguir, como secretario, al apóstol Pablo. Victoria recordaba los días malos de la persecución, cuando el abuelo, muy serio, dijo a su padre:

—Perdona que te cause problemas. Nerón culpa a los cristianos del incendio de Roma, pero te juro que somos inocentes. Han apresado a Pablo y tal vez mi deber fuese entregarme con mi maestro.

Soy viejo y la vida no debiera importarme tanto —suspiró—. Cornelio, hijo, soy un cobarde.

Su padre sonrió.

18 —Ismail, llevas con nosotros desde la primera prisión de Pablo. Eres el padre de mi mujer. Le prometí a ella que Victoria sería cristiana y he procurado que le enseñasen vuestra fe. Yo no rezo a vuestro Dios, pero sí sé que para vosotros la vida es sagrada. ¿Por qué te vas a entregar a la muerte? Ni el mismo Pablo ha hecho eso. En mi casa estarás a salvo tú, y estarán a salvo mi hija y mis esclavos. Yo, como jefe de la familia, garantizaré que no sois impíos ni conspiráis contra Roma.

Y en su casa había vivido su abuelo hasta su muerte, tres meses atrás. A Victoria todavía le dolía su recuerdo como una herida fresca.

Se levantó y se acercó a la jarra del agua. Echó un poco en la palangana y se lavó la cara, que le ardía. Una esclava entró en la cámara. Era una mujer de edad, de la casa de su padre. Aunque delante de los demás la trataba con respeto, a solas no olvidaba que la llevó en brazos cuando niña, le enseñó a rezar cuando murió su madre y la había acompañado a las reuniones de la iglesia, de adolescente.

—¿Quieres comer algo, niña?

—No tengo apetito.

—No debes dejar que los gruñidos de tu tío te disgusten, niña. A tu padre no le agradaría.

—¿Crees que he hecho mal?

—Estos judíos son unos amargados, niña. Y si son virtuosos como tu tío, más. No has hecho nada malo. Tú no haces nunca nada malo, niña.

19

—Dice que no conozco mis obligaciones de mujer.

—Mira, niña. Tal vez no sepas las obligaciones de una mujer judía, pero tú eres romana y has sido educada por los mejores pedagogos de Roma. Tienes la educación de una dama romana, y si además tu abuelo te enseñó algunas otras cosas..., eso no estorba. Creo que el amo no sabía con quién te enviaba de viaje.

—No critiques, Prisca. El tío José pertenece a los monjes de Qumrán*. No se casan, no poseen nada, se dedican a la oración y el ayuno. El tío José es un hombre santo.

—¿Y quién lo duda? Te voy a buscar un vaso de leche y algo de fruta, si la hay en este barco. Luego seguirás con tu carta.

*En el mar, rumbo a Cesárea,
día primero de los idus* de marzo
del año 11 del César Nerón,
65 años después del nacimiento del Señor*

De Victoria a Alejandro en casa de Pompilio.

Salud

20

Aprovecho que dentro de unos días haremos escala en Rodas para escribirte esta carta. Hasta ahora, el viaje está siendo muy bueno y el tiempo es una bendición de sol y luz. El barco navega a vela sin necesidad de que se empleen los remeros y todos los marineros están contentos. Yo paseo por cubierta, disfruto del sol y del aire limpio y hago planes para el porvenir. Luego, rezo por que mis deseos puedan realizarse y Dios bendiga nuestro amor.

He meditado mucho sobre nuestra situación, querido Alejandro. Estamos rodeados de personas buenas y que nos estiman, pero, pese a eso, ¡qué difícil es nuestro amor! De todas formas, ya sabes que soy mucho más optimista que tú.

Ya sé que la familia de mi padre es importante en Roma y que mi padre es senador. Pero es un hombre

bueno y justo que nunca prohibió a mi madre su fe cristiana y que dejó que yo fuese bautizada. Sé, me lo ha dicho más de una vez, que jamás me casará contra mi voluntad. Y que la riqueza o el prestigio de un futuro esposo no pesarán en su voluntad más que mi amor y la bondad del hombre que yo ame.

Ya imagino tu gesto de disgusto al leer esto. No olvido que la ley de Roma no admite nuestra unión, y que aunque el obispo nos bendijese y mi padre estuviese conforme, a los ojos de los hombres tú solo serías mi amante, y en cualquier momento la familia, disgustada por la aparente deshonra, podría presionar a mi padre para obligarme a aceptar un esposo legal. Incluso tu amo —aunque no creo que Pompilio lo hiciese— tendría derecho a reclamarme como esclava de su casa al ser, legalmente, la concubina de un esclavo.

He tenido que interrumpir mi carta. El tío José me ha reñido por escribir en público, sentada en la popa del barco. Dice que no es una ocupación para una mujer y que atraigo las miradas de los marineros y del resto del pasaje. Ha dicho palabras muy duras sobre mi descaro y mi falta de gracia. Ya sé que no soy tan bella como

mi madre, pero no soy una descarada. Comprendo que las creencias del tío José le hacen juzgar duramente a todas las mujeres y creo que está disgustado porque el abuelo Ismail me ha dejado parte de su herencia. Siempre esperó que el abuelo repartiese lo suyo entre el tío Simeón, que por ser el mayor es el heredero de las tierras, y él, ya que mi madre recibió su dote al casarse y, además, en Israel, las mujeres no heredan si hay hijos, y menos después de casarse con un pagano. Pero el abuelo, sin prestar atención a que soy medio romana, ha dispuesto que de su herencia se hagan tres partes —exceptuando, por supuesto, las tierras, que son para su hijo mayor y que lleva ya muchos años gobernándolas— y que la parte de mi madre sea para mí.

No es que el tío José sea ambicioso o avaro; pertenece al monasterio de Qumrán y él no puede poseer dinero; su herencia pasará a la comunidad a la que pertenece, pero pienso que una herencia más cuantiosa le daría prestigio y además considera en contra de la ley de Israel, que mi abuelo como escriba conocía tan bien, que una mujer que además no es hija de Israel y que no guarda la fe de su pueblo herede las rentas de un israelita.*

Que la bendición de Dios sea con todos los de tu casa. Saluda a la iglesia en mi nombre.*

Te ama.

VICTORIA